LIBRO dot.com

EL REY DE KAFIRISTAN

Rudyard Kipling



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Hermano de un príncipe y camarada de un mendigo, siempre que éste sea digno de amistad.

La fórmula textual de la ley prescribe una conducta que no siempre es fácil seguir. Yo he sido muchas veces camarada de un mendigo, sin que él y yo supiéramos lo que cada uno de los dos valía. No he sido hermano de un Príncipe, aunque en cierta ocasión estuve a punto de emparentar con quien pudo haber sido un verdadero Rey, un hombre a quien tocaba un Reino, con ejército, rentas, tribunales, policía, todo completo. Hoy temo que mi Rey haya muero, y si ambiciono una corona, debo proporcionármela yo mismo.

Todo ello tuvo su origen en un tren del ferrocarril de Aymír a Mhow. Había habido un déficit en el presupuesto de ingresos de este declarante, y en vez de viajar en segunda clase, que cuesta sólo la mitad de la primera, tomé pasaje en intermedia, que es lo más abominable del universo. En-intermedia no hay asientos acojinados, y la población de esa clase está formada por dos elementos. El primero, es el de los eurásicos o indígenas, cuyo desaseo durante toda una larga noche de viaje produce efectos deplorables; el segundo elemento de esa población, es el de los vagabundos, muy amenos, aunque muy borrachos. La gente de intermedia no come sobre manteles. Lleva paquetes y cacharros con alimentos; compra dulces a los vendedores ambulantes, todos ellos indígenas, y bebe el agua que hay a la orilla de la vía. Sucede, a menudo, que en verano sacan muertos a los pasajeros de intermedia, y haga calor o haga frío, el mundo entero les tiene poca consideración.

Mi compartimiento de intermedia se hallaba completamente vatio hasta que llegamos a Nasirabad. ,al¡¡ entro un caballero corpulento, de rostro moreno, que iba en mangas de camisa y que se ajustaba a las prescripciones del uso en intermedia, por lo que respecta a otras consideraciones. Era como yo, de la clase de los vagabundos, pero había cultivado muy esmeradamente el gusto al whiski. Contó sus impresiones de lo que había visto, y algunas anécdotas de lo que había hecho durante sus peregrinaciones por los lugares más apartados del Imperio, a donde había tenido que ir arriesgando la vida en muchas ocasiones para ganarse el pan de un solo día.

-Si la India estuviese poblada de hombres como usted y como yo, que a semejanza de los cuervos no sabemos hoy lo que habremos de comer mañana, el país no produciría una renta de 70 millones, sino de 700 millones.

Yo veía atentamente su facha, y me inclinaba mucho a pensar como él.

Hablamos de política -la política de la Hampa, que ve las cosas por el lado en que éstas no tienen pulimentación-, y la platica recayó sobre el sistema de comunicaciones, pues mi amigo necesitaba enviar un telegrama de la estación próxima a la de Aymir, recodo de la línea de Bombay a Mhow, yendo hacia el Oeste. Mi amigo tenia por todo capital ocho anas en electiyo, que necesitaba para su comida. Yo no lleyaba una sola, a causa del déficit a que me he referido. Además, yo iba a un desierto en donde no me sería

posible entrar a una oficina telegráfica, suponiendo que mi sistema hacendario se nivelase, por la razón de que allí no había telégrafos. Me hallaba, pues, en un caso de imposibilidad material para prestar un servicio a aquel amigo.

-Queda el recurso de que amenacemos a un jefe de oficina, y que le obliguemos a enviar el telegrama por cobrar, pero esto nos sujetaría al embrollo de la averiguacion, y es el caso que yo necesito tener libertad de acción en estos días.

Dichas las anteriores palabras, agregó mi amigo.

-Creo haber entendido que usted volverá por esta misma vía pasados unos días.

-Sí; dentro de diez -contesté.

-¿Podría usted volver dentro de ocho? -me preguntó-. Mi negocio es urgente.

-Dentro de diez días yo podré mandar el telegrama, si eso le sirve -dije yo.

-Ahora que lo pienso con detenimiento, hallo inconveniente en el émpleo del telégrafo. Vea usted cómo son las cosas. El sale de Dehli el 23 para Bombay. Pasará, pues, por Aymir en la noche del 23.

-Pero yo voy al desierto Indico -expliqué.

-Eso está muy bueno. Usted cambiará tren en el empalme de Marwar para ir al territorio de Jodpore (tiene usted que hacerlo por fuerza), y él pasará por el empalme de Marwar a la madrugada del 24 en el correo de Bombay. ¿Puede usted estar ese día en el empalme de Marwar? No creo que le cause ningún trastorno, porque sé bien que en los Estados de la India central no es posible desplumar muchas aves. La caza es mala y rara. Y digo esto, aun cuando usted se tenga por representante del Cazador.

-¿Usted ha intentado ya esa treta? -pregunté.

-No una yez, muchas, pero le caen a uno encima los corresponsales residentes, y hay que volver con escolta a la frontera antes de que se les pueda meter una hoja de. nayaja en las entrañas. Vamos a mi asunto. Yo necesito que mi amigo tenga noticia verbal de -mí, o de lo contrario no sabrá qué camino debe tomar. Será muy señalado el seryicio que usted me preste si vuelve de la India Central a tiempo para verse con él en el empalme de Marwar y decirle: "Ha ido al Sur por una semana". Él sabrá lo que esto significa. Es un hombre alto, grueso, de barba azafranada. Lo encontrará usted durmiendo como un caballero, con equipaje, en un compartimiento de segunda. Pero que esto no intimide a usted. Dé un golpe en el cristal y diga : "Ha ido al Sur por una semana". Él se hará cargo. Estará usted dos días menos en aquellos países. Pide este favor un extraño que va al Oeste.

Pronunció enfáticamente las últimas palabras.

-¿Y de dónde yiene usted? -le pregunté.

-Del Este -contestó-. Espero que usted le dará la noticia. Invoco la memoria de mi madre y de la de usted.

Los ingleses no son seres tiernos que se conmuevan con esas invocaciones sentimentales, pero por cau

sas de que luego se hablará, creí conveniente deferir a la súplica de mi amigo.

-Se trata de algo más que de una bagatela -dijo-, y por eso pedí a usted el favor. Sé que puedo confiar en que usted lo .hará. Coche de segunda clase, empalme de Marwar, caballero de pelo azafranado que irá durmiendo. No lo olvide usted. Yo me quedo en la próxima estación, y allí tendré que permanecer hasta que él yenga o me envíe lo que necesito.

-Si pasa, le daré la noticia -dije-, y por la señora madre de usted y por la mía, voy a

permitir

me una observación. No vaya usted a los Estados Centrales de la India, por lo menos ahora, como corresponsal del Cazador. Hay un yerdadero corresponsal que pudiera sacar las uñas.

-Gracias -contestó con sencillez-. ¿Y cuándo se írá ese cochino? No es justo que yo me muera de hambre sólo porque a él se le ha antojado venir a inutilizar mis esfuerzos. Yo quería afianzar al Rajá de Degumber explotando el asunto de la viuda de su padre, y darle una zancadilla.

-¿Y qué asunto es ése de la yiuda del padre?

-Le rellenó el buche de pimiento rojo y le facilitó la muerte colgándola de una viga. Yo descubrí el hecho personalmente, y soy el único que se atreverá a ir para sacar dinero contante y sonante por mi silencio. Intentarán envenenarme como cuando fui a Chortuma para el negocio del saqueo. Pero, ¿dará usted mi ayiso en el empalme de Marwar?

Dejó el tren en una estación de ínfima clase, y yo reflexioné. Había oído muchas veces que ciertos indiyiduos se dicen corresponsales de periódicos y chupan la sangre de los pequeños Estados, amenazando con hacer publicaciones infamantes, pero jamás hasta entonces había dado con uno de esos pájaros. Su existencia es muy penosa, y generalmente su muerte es en extremo rápida. Los Estados Nativos tienen un santo horror a los periódicos ingleses que pueden revelar sus métodos peculiares de gobierno, y para obtener el silencio de los corresponsales los ahogan en champagne o les hacen ver todo color de rosa desde la altura de un elegante cabriolé. Ignoran que a nadie se le da un comino cómo se administran los Estados nativos en tanto que la opresión y el crimen no traspasan los límites de la decencia y en tanto que el gobernante no está enmorfinado, alcoholizado o inutilizado desde el 1° de enero hasta el 31 de diciembre.

Esos Estados forman los puntos más negros del universo y están saturados de una crueldad no imaginable, que por una parte tienen contacto con el telégrafo y el ferrocarril, y yiyen por la otra en los tiempos de Harum-al-Raschíd.

Cuando yo llegué a mi destiño, tuye que ver con algunos Reyes, y durante ocho días experimenté constantes cambios de vida. Ya me veía yestido de etiqueta en compañía de Príncipes y políticos, bebiendo en copas de Bohemia y comiendo en vajillas de plata, ya dormía sobre el duro suelo, deyoraba lo que podía encontrar, sirviéndome de platos hechos con hojas, bebía el agua de los regatos y, para dormir, me cubría con la manta de mi criado. Tal es el oficio.

En el momento indicado, me dirigí al Gran Desierto Indio, a fin de cumplir mi promesa, y el tren correo de la noche me dejó en el empalme de Marwar, de donde parte la línea de Jodpore, línea curiosa, cómica, de tres al cuarto, manejada por nativos. El correo de Delhi a Bombay hace una parada muy breve en Marwar. Llegó en el preciso momento de mi arribo, y apenas tuve tiempo de ir a la plataforma y de recorrer la línea de coches. Había sólo uno de segunda clase. Llamé a la ventana y vi que en el interior iba una barba roja llameante, medio cubierta por una manta de viaje. Era mi hombre, dormido profundamente. Abrí y lo toqué con suavidad en un costado. É1 despertó dando gruñidos, y vi a la luz de las lámparas su rostro ancho y radiante.

-¿Otra vez el billete? -exclamó.

-No -le dije-. Vengo para decir a usted que ha ido al Sur por una semana. Ha ido al Sur por una semana.

Ya el tren había comenzado a andar. El hombre de la barba de remolacha se frotaba

los ojos.

-Ha ido al Sur por una semana -repitió-. Nada iguala su desvergüenza. ¿Le dijo a usted que yo había de pagarle? Yo no lo hago.

-Nada me dijo -contesté.

Bajé y me quedé viendo las lucecillas rojas que se perdían en las sombras de la noche. El frío era espantoso. porque soplaba de los arenales. Tomé mi tren -ya no en intermedia-, y pocos minutos después, dormía profundamente.

Si el hombre de la barba roja me hubiera dado una rupia, yo la habría aceptado como recuerdo de aquel curíoso incidente. Pero no tuve otra recompensa que la conciencia del deber cumplido.

Más tarde reflexioné que dos caballeros como aquellos amigos míos, no podían hacer nada bueno presentándose en calídad de corresponsales de periódicos, y que en el caso de que extorsionaran a los Estaduchos de la India Central o del Rayputana Meridional, podían yerse envueltos en muy serias dificultades. Hice cuanto pude para describir con fidelidad sus personas cuando me encontré en contacto con quienes podían estar interesados en su deportación, y según supe después. gracias a mí se les hizo volver de las fronteras de Degumber.

Yo me incorporé a la existencia de los hombres respetables, y desempeñaba funciones en una oficina en donde no había Reyes ni incidentes extraños a la diaria formación de un periódico. Una oficina de ésas atrae a toda clase de personas, en detrimento de la disciplina. Llegan señoras misioneras de Zenana[1], y quieren que el redactor jefe abandone al instante todas sus atenciones para que se ocupe en la pormenorizada descripción de una distribución de premios de las escuelas cristianas efectuada en una casa de yecindad de un villorio inaccesible. Llega un coronel postergado, con un colega suyo en la misma situación: los dos toman asiento, y desarrollan el plan para una serie de diez, doce y veinticuatro artículos de fondo sobre la Antigüedad contra la elección en el servicio militar. Se presentan algunos misioneros con la piadosa pretensión de que el nosotros del periódico sirva para las flechas enyenenadas con que quieren asesinar a un cofrade. Las compañías teatrales en malas circunstancias, acuden a la oficina para declarar que el periódico debe publicar los anuncios, y que en cuanto vuelvan de Nueva Zelandia o de Tahití pagarán la deuda con los intereses. Llaman a la puerta los inventores de máquinas para el beneficio de la punkah, de pernos para coches, de espadas que dan dos vueltas sin romperse, de ejes Estos sabios llevan los bolsillos repletos de especificaciones, y sobre todo, abundan en tiempo disponible. Los representantes de las compañías de té entran, se acercan a las mesas, toman las plumas de la oficina y escriben con ellas los prospectos del negocio como si estuvieran en sus respectiyas casas. Los secretarios de los Comités Coreográficos claman al cielo porque el periódico no ha descrito con suficiente amplitud las glorias del último baile de la sociedad. Damas muy extrañas entran para pedir con la mayor sangre fría que se les imprima en el acto un centenar de tarjetas, y para ello se dirigen al jefe de redacción. Por último, si en esta lista cabe un final, no hay haragán disoluto de los que recorren la línea del Gran Ferrocarril Troncal, para quien sea cosa desusada ir a la oficina del periódico y solicitar empleo de corrector de pruebas. Entretanto, la campana del teléfono ha repicado con locura: los Reyes mueren asesinados en el Continente: los Imperios dicen a los Imperios: Eso, tú lo

[1] Gineceo. Se dice de las Misiones para mujeres.

serás; el señor Gladstone echa regueros de azufre sobre los Dominios Británicos, y los negritos de la imprenta pasan gritando, con movimiento de abejas fatigadas:

-Kaa-pi-chay-ka-yeh.. .

Esto quiere decir que se necesita original para las cajas, pues el periódico está todavía tan falto de lectura como el escudo de Modred.

Lo anterior se refiere a la parte entretenida del año. Hay otros seis meses en que nadie llama a la puerta. El termómetro sube por pulgadas, y el mercurio llega al tope; en la oficina hay escasamente la luz necesaria para leer; las prensas están rojas por la acción de la temperatura; nadie escribe una línea, sino las relativas a la sección necrológica y a las crónicas mundanas de las estaciones climatéricas situadas en las Colinas. El teléfono se convierte en un cencerro aterrorizador, pues no habla sino de muertes repentinas de personas de vuestra intimidad. Las cálidas púas del calor rodean vuestro cuerpo, y os sentáis para escribir: "Se nos comunica que ha habido un ligerísimo ascenso en la curya de las enfermedades en el distrito de Khuda Janta Khan. La manifestación es puramente esporádica por su naturaleza, y gracias a los esfuerzos empeñosos de las autoridades, puede asegurarse que la epidemia ha llegado a su fin. No obstante, tenemos el doloroso deber de informar que ha muerto... "

Después comienza verdaderamente la epidemia, y mientras menos se escriba sobre ella, tanto mejor para la paz de los suscriptores. Pero los Reyes y los Imperios continúan en sus eternas distracciones, características de su egoísmo. El regente de la imprenta cree que un diario, para serlo, debe salir cada veinticuatro horas. Los veraneantes de las Colinas dicen sin dejar un momento sus placeres:

-¡Dios mío! ¡Parece increíble que este periódico no diga nada de lo que aquí pasa! Si diera noticia de nuestra vida social, sería la hoja más brillante del universo.

Era ,justamente en aquella maldita estación -una estación que se distinguió entre todas por los daños que trajo consigo cuando se adopto la costumbre de hacer el último número de la semana, el de la noche del sábado, en la madrugada del domingo, como lo practican los periódicos e Londres; estas horas eran muy conyenientes, pues no bien iba el periódico a las prensas, el termómetro bajaba con la aurora a casi 84º, durante media hora-, y a favor de aquella temperatura invernal, la fatiga nos traía el sueño hasta que una nueva honda de calor nos despertaba. Si decís que es insensato hablar de frío con 84°, os objetaré que no tenéis idea de lo que son 84° sino cuando habéis pedido esa temperatura como un don de misericordia.

Desempeñaba yo el delicioso deber de llevar el periódico a la prensa, y no había otros redactores en la oficina. Pasaba no sé qué acontecimiento extraordinario. Me parece que estaba un Rey a la muerte, o si no era un Rey, era un cortesano, o una cortesana. Tal vez lo haya olvidado, y en vez de tratarse de eso se tratara de una Constitución que iba a votarse. El hecho importante es que algo pasaba en el otro extremo del mundo, y que el periódico debería quedar abierto para aprovechar el telegrama del último minuto.

La noche era oscura, tan horriblemente oscura que parecía de asfalto, y tan sofocante como puede serlo una noche de junio. El loo, viento de fuego que sopla del Oeste, cantaba entre los árboles, más secos que la yesca, y anunciaba que la lluvia le seguiría de cerca. Bien podía, por otra parte, caer aquí y allá un chaparrón de agua hiryiente, y precipitarse en el polyo como una rana en el estanque, pero nuestras ánimas atribuladas sabían que aquello era falso. La sala de las prensas tenía un poquitín de ventajas de temperatura respecto de la oficina de redactores, y yo había ido a refugiarme allí, oyendo el

golpe seco de las letras y sintiendo el cosquilleo de un arrullo con aquel ruido metálico, en tanto que los porrones del agua cantaban en las ventanas, y los cajistas, casi desnudos, se limpiaban el sudor de las frentes, pidiendo constantemente agua fresca. La noticia que nos retenía, fuese la que fuese, no llegaba. Ya el loo había callado, y ya se había compuesto el último renglón. La tierra, deteniéndose en su eje y abrumada por el calor, ponía un dedo en los labios en espera del acontecimiento. Yo dormitaba considerando el pro y el contra de la invención del telégrafo y haciendo conjeturas sobre la idea que tendría el prócer agonizante o el pueblo en lucha que retardaba nuestro periódico, sobre los inconvenientes de ese retardo. Fuera del calor no había causa especial que me produjese un estado de tensión, pero cuando el reloj dio las tres y las máquinas movieron varias veces sus volantes para que se viera si todo estaba listo y comenzar la faena al dar yo la voz correspondiente, no me juzgué dispuesto para dar esa voz, sino para aullar.

El estruendo y el zumbido de las ruedas reinaban en el aposento. Me levanté para salir, cuando de pronto vi dos hombres vestidos de blanco que estaban frente a mí. El primero de ellos dijo:

-Es él.

Y el segundo repuso:

-En efecto: él es.

Los dos reían tan estrepitosamente, que su risa dominaba el fragor de las maquinas. Y mientras reían, se limpiaban las frentes.

-Vimos la luz desde la acera de enfrente. Está bamos durmiendo en el vallado, por el calor, y yo le dije a este amigo: La oficina está abierta. Vamos a hablar con él sobre nuestra vuelta del Estado de Degumber.

Estas palabras fueron pronunciadas por el menos alto de los dos. Era el mismo a quien yo encontré en el tren de Mhow. Su compañero era el barbarroja del empalme de Marwar. Nadie podría olvidar ni confundir las cejas del uno y las patillas del otro.

A mí me complacía muy poco la visita, pues deseaba dormir, y sobre todo, no tener que reñir con dos haraganes.

-¿Qué desean ustedes? -pregunté.

-Hablar media hora con usted, al fresco y sin molestias, en la oficina -contestó el de la barba roja.

-Quisiéramos un trago. Todavía no comienza el contrato, Peachey; no te acongojes.

Lo primero me lo dijo a mí; lo segundo a su camarada.

Y agregó el del tren de Mhow:

-Lo que más necesitamos es consejo. Dinero, no. Queremos un favor, porque hemos descubierto la mala jugada que usted nos hizo en el asunto del Estado de Degumber.

Yo los guié de la sala de prensas a la oficina, que, a pesar de tener tantos mapas en las paredes, no era en realidad sino un horno. El azafranado se frotaba las manos.

-Está muy bien esto -dijo.

-Claro. Había que venir a una oficina así. Y ahora, señor, permítame usted que le presente a mi hermano del alma, Peachey Carnehan. Yo soy el hermano Daniel Dravot. De nuestras profesiones cuanto menos se diga mejor, porque hemos sido cuanto puede uno ser: soldados, marineros, cajistas, fotógrafos, correctores de pruebas, predicadores de

guardacantón y corresponsales del Cazador cuando creímos que el periódico los necesitaba. Carnehan es abstemio y yo también. Examínenos usted y verá que no lo engañamos. No haga usted la prueba del aliento. Más le convendrá darnos un cigarro por

cabeza, y verá cómo lo encendemos.

Se hizo la prueba en efecto. Los dos eran absolutamente dignos de una sociedad de temperancia. Les dí. pues, whisky con soda.

-Excelente -dijo Carnehan, el de las cejas, limpiándose las gotas que le quedaron en el bigote-. Ahora déjame hablar, Danielillo. Hemos recorrido toda la India, y casi toda a pie. Hemos sido caldereros, maquinistas, contratistas en pequeña escala, y hemos hecho cuanto se puede hacer, pero vemos que la India no nos merece y que es muy estrecha para nosotros.

Efectivamente, apenas cabían en la oficina. La mitad de su capacidad quedaba llena con las barbas de Dravot, y en la otra mitad no cabían los hombros de Carnehan. Uno y otro haragán se habían sentado sobre la gran mesa. Carnehan continuó:

-No se hace nada en este país, porque los que gobiernan no permiten que uno lo toque. Ellos emplean todo su tiempo en gobernar, y no puede uno mover la azada, ni barrenar una roca, ni buscar petróleo, ni hacer algo de provecho, en suma, sin que el Gobierno diga: "Deja eso, y no impidas que gobernemos". El resultado es que tiene uno que abandonar el país a su suerte y tomar camino para vivir en donde el hombre no se vea acosado y pueda obtener ventajas. Nosotros no nos paramos en pequeñeces, y a nada le tenemos miedo, como no sea a la maldita bebída. Hemos celebrado un contrato muy estricto en este punto. Por consiguiente, vamos a ser Reyes.

-Reyes por derecho propio -agregó Dravot.

-Naturalmente -dije yo-. Han estado ustedes todo el día expuestos a los rayos del sol: la noche es calurosa: ¿Por qué no van a dormir y a madurar sus planes? Vuelyan mañana.

-No tenemos insolación ni estamos ebrios -dilo Dravot-. Seis meses hace que venimos madurando este plan. consultando libros y atlases, y hemos llegado a la conclusión de que el único lugar en el mundo que dos hombres de nuestra fuerza pueden Sar-a-Wkack[2] es ése que llaman Kafiristán. Yo creo que es el que está en el rincón de arriba del Afghanistán, a mano derecha. menos de trescientas millas de Peshawar. Tienen allí treinta y dos ídolos paganos, y nosotros seremos el treinta y tres y treinta y cuatro. El país es montañosos y las mujeres de aquellas regiones son muy hermosas.

-Pero eso está prohibido en el contrato. Ya lo sabes: ni mujeres, ni licor, Daniel -dijo Carnehan.

-Y a eso se reduce lo que sabemos, excepto que nadie ha ido allí. Y luchan, y en donde luchan, un hombre que sabe disciplinar a los otros, puede ser Rey. Nosotros iremos a esas regiones y les daremos a todos los Reyes que hallemos al paso: "¿Quiere usted vencer a sus enemigos?" Y le enseñaremos la disciplina militar, porque eso sí lo sabemos bien, mejor que cualquiera otra cosa. Y después echamos abajo ese Rey y tomamos su trono y establecemos una dinastía.

-Pero antes de que ustedes hayan avanzado sesenta kilómetros desde la línea fronteriza, los harán mil pedazos -dije-. Para llegar a ese país tienen que atrayesar todo el Afghanistán. Es una masa de montañas, y picos. y ventisqueros, y ningún inglés ha pasado por allí. Los habítantes son como animales irracionales, y aunque llegaran ustedes, no harían cosa de proyecho.

-Es muy probable -dijo Carnehan-. Y si usted nos cree todayía más necios, mejor; nos dará más gusto. Hemos venido para informarnos de ese país, para leer un libro en que

[2] Explotar con patrañas.

se hable de él, y para que nos muestre los mapas. Díganos usted necios y enséñenos los libros.

Al hablar así, se dirigió hacía los anaqueles.

-¿Pero es serio eso? -pregunté.

-Algo hay de verdad en ello -dijo Dravot con dureza-. Queremos un mapa muy grande, aunque esté en blanco todo lo de Kafiristán, y queremos todos los libros que usted tenga sobre el asunto. No somos muy instruídos, pero sabemos leer.

Yo saqué de su estuche el mapa de la India, con escala de una pulgada por treinta y dos millas, y dos mapas de frontera menos grandes. Hecho esto, saqué también el tomo Infkan de la Enciclopedia Británica, y puse el material de consulta a disposición de mis visitantes.

-¡Mire aquí! -dijo Dravot señalando con el dedo un punto del mapa-. Peachey y yo conocemos hasta Jagdallak. Fuimos con el ejército de Roberts. Tenemos que tomar a la derecha de Jagdallak por el territorio de Laghmann. Atrayesaremos las montañas más de tres mil metros o a cuatro mil; el trabajo será duro, pero aquí en el mapa no parece muy lejos.

Le di Las Fuentes del Oxo, por Wood, mientras Carnehan se engolfaba en la lectura de la Enciclopedia.

-Está muy confuso esto -dijo Dravot reflexivamente-, y no nos servirá para conocer los nombres de esas tribus. Mientras mayor sea el número de tribus, habrá más guerras, y nosotros sacaremos más ventajas. De Jagdalig a Ashang, ¡uf! ...

-Pero todo lo que se dice del país es muy de brocha gorda y muy inexacto -observé-. En realidad, nadie sabe una palabra de aquello. Aquí tiene usted la colección del Instituto de Servicios Unidos. Vea usted lo que dice Bellew.

-¡Al diablo con Bellew! -dijo Carnehan-. Daniel, la verdad es que son un hormiguero de paganos, pero aquí en este libro se dice que ellos creen estar emparentados con los ingleses.

Yo fumaba mientras los dos truhanes se entretenían con Raverty, Wood, la Enciclopedia y los mapas.

-No tiene usted para qué molestarse -me dijo Dravot cortésmente-. Van a dar las cuatro. Si usted quiere dormir, nos iremos antes de las seis y no robaremos ninguno de los papeles. No se alarme usted. Somos dos locos inofensivos. Si mañana por la noche va usted al Bazar, le diremos adiós.

-Ustedes son dos majaderos -contesté-. Se les hará volver de la frontera, o serán reducidos a polvo cuando pongan el pie en el Afghanistán. ¿Quieren ustedes dinero o una recomendación para el bajío? Podrán encontrar en qué trabajar la semana próxima, y yo les prestaré mi ayuda.

-La semana próxima tendremos mucho trabajo. Gracias de todos modos -dijo Dravot-. No es tan fácil como parece llegar y hacerse Rey. Cuando nuestro Reino esté ya bien arreglado, se lo avisaremos, y usted irá para que nos ayude a gobernarlo.

-Diga usted, ¿dos locos hacen un contrato como éste? -preguntó Carnehan con un sentimiento de orgullo contenido, mientras me mostraba una hoja de papel grasiento, en la que estaban escritas las es tipulaciones que copié como una curiosidad, y que dicen textualmente:

Este contrato que hacemos usted y yo, poniendo como testigo a Dios ... Amén. Como sigue:

Uno.Yo y usted arreglaremos este asunto unidos; a saber: seremos Reyes de Kafiristán.

Dos. Yo y usted no nos dedicaremos al licor ni a una mujer, negra, blanca o bronceada, para que no vayamos a tener tal o cual dificultad mientras se arregla el asunto de Kafirístán.

Tres. Que nos conduciremos con dignidad y discreción, y si uno de nosotros tiene dificultades, el otro le ayudará.

Firmado por usted y por mí, hoy.

PEACHEY TALIAFERRO CARNEHAN, DANIEL DRAVOT. LOS DOS CABALLEROS CUMPLIDOS

-No era necesaria la última cláusula -dijo Carnehan ruborizándose modestamente-; pero se ve que está hecho con todas las formalidades. Ahora ya sabe usted lo que somos los ganapanes, porque no hay que darle vueltas, Danielillo, no pasaremos de ganapanes y vagos mal entretenidos mientras no salgamos de la India. ¿Y no cree usted que quienes firman un contrato de éstos se hallan resueltos a obrar con toda la formalidad del caso? Nos hemos abstenido de las dos cosas que le dan yalor a esta vida.

-La vida no les durará a ustedes mucho tiempo si se obstinan en intentar esta aventura de idiotas. Pero eso allá ustedes. Yo sólo les encarezco que no incendien la oficina y que se vayan de aquí antes de las nueve.

Los dejé ocupados en el examen de los mapas y tomando notas al dorso del contrato.

-No falte usted mañana al Bazar, para despedirnos.

Esas fueron sus últimas palabras.

El Bazar es un albañal humano, dentro de un espacio cuadrangular, en donde se atan y desatan las cuerdas de camellos y caballos, y en donde se carga y se descarga todo género de mercancías transportadas por esos animales. Alli se reúnen individuos de cuantos pueblos hay en el Asia Central, y casi todo el resto de la India acude a ese sitio. Bengala y Bombay estrechan la mano de Balkh y la de Bocara. y procuran hincarse el colmillo. Podéis comprar allí caballos. turouesas. gatos de Persia. alforjas para ¿metes, ovejas, almizcle y mil cosas más que recibiréis casi como regalo. Por la tarde acudí a aquel mercado de curiosidades para ver si mis dos amigos cumplían su palabra o estaban durmiendo con una borrachera de primer orden.

Un sacerdote vestido con fragmentos de cintajos v tela hecha jirones salió a mi encuentro lleno de majestad, meneando gravemente una perinola para niños. Seguíalo su criado que casi no podía dar un paso abrumado por una cesta de juguetes de barro. Los dos se ocupaban en cargar dos camellos, y los habitantes del Bazar los veían con atención desternillándose de risa.

-Ese sacerdote está loco -dijo un caballista-. Va a Kabul para vender juguetes al Emir. O se le tributarán honores o se le decapitará. Vino hoy por la mañana, y desde que llegó ha dado señales de no estar en su juicio.

-Dios protege a los locos -dijo un tártaro mofletudo hablando un indo muy incorrecto.

-Los dos dicen la buenaventura.

-Hubíera podído vaticinar que mi caravana sería atacada por los Shínvaris casi a la

vista del Paso-, gruñó malhumorado el agente de una casa de comercio del Rayputana, cuyos efectos habían caído en manos de ladrones al pasar la frontera, y cuyos infortunios eran el tema regocijado del Bazar.

-Oye, sacerdote: dí de dónde yienes y a dónde vas.

-He venido de Rumania, gritó el sacerdote, bailando la perinola-. He venido de allí. He venido en las alas del aliento de cien demonios. Así he pasado el mar. ¡Ladrones. bandidos, embusteros, cerdos, perros y perjuros! ¿Quién llevará al protegido de Dios y lo conducirá al Norte, para yender amuletos al Emir? Son amuletos cuyo encanto no cesa jamás. Con estos amuletos los camellos no se fatigan, los hijos no se enferman, las mujeres guardan fidelidad a los esposos ausentes, y todas las bendiciones referidas caerán sobre los que me reciban en su caravana. ¿Quién me ayudará a calzar en los pies del Rey de Reyes la sandalia de oro con tacón de plata? ¡Que la protección de Pir Kham[3] bendiga tus trabajos!

Extendió el paño de su gabardina y comenzó a hacer cabriolas entre las dos filas de caballos atados.

-Hay una caravana que partirá de Peshavar para Kabul dentro de veinte días -dijo el comerciante. -Mis camellos irán con ella. Acompáñanos y nos comunicarás las virtudes que posees para un buen yiaje.

-Yo debo partir hoy -exclamó el sacerdote-. Yo partiré en mis camellos alados y llegaré en un día a Peshavar. ¡Oh, Hazar Mir Khan! -dijo en alta voz.

Y al oírle su criado, le ordeno:

-Saca los camellos, pero deja que yo monte primero en el mío.

La bestia doblo la rodilla, y el sacerdote salto para colocarse.

Volviendo a mí la cara, dijo:

-Ven tú también, Sahib. Acompáñame un corto trecho y te venderé un amuleto. Ese amuleto te hará Rey de Kafiristán.

Las últimas palabras iluminaron mi mente como una revelación, y seguí a los dos viajeros hasta que nos encontramos fuera del Bazar, en campo abierto. Allí se detuvo el sacerdote.

-¿Qué dice usted?-me pregunto en inglés. Carnehan no sabe hablar la jerga de esta gente. Lo he hecho mi criado. Es un criado perfecto. No en vano he andado por este país durante catorce años, de aquí para allá. ¿No cree usted que hablo bien? En Peshavat nos incorporaremos en una caravana y seguiremos con ella hasta Jagdallak. Allí procuraremos trocar nuestros camellos por asnos, y llegaremos a Kafiristán. ¡Perinolas para el Emir!-¡Oh, Señor! Meta usted la mano en las faltriqueras, dígame lo que siente.

Un Martini, y otro, y otro.

-Hay veinte -dijo Dravot con voz placentera-. Veinte, y las correspondientes municiones, todo bien oculto bajo las perinolas y los juguetes de barro.

-Dios los asista si les sorprenden sus efectos. Un Martini vale allá entre los Pathanes lo que pesa en plata.

-Mil quinientas rupias hemos invertido en el negocio; hasta la última rupia que pudimos haber por donación, préstamo o robo. Todo nuestro capital está en los dos camellos. No vamos a dejarnos coger. Pasaremos el Khaiber con una caravana. ¿Quién se

[3] Pir, título que corresponde a una persona de alta calidad que que enseña la religión. Khan, título que se aplica a toda persona de cierta calidad.

meterá con un pobre sacerdote loco?

-¿Y llevan ustedes todo lo necesario? - pregunté sorprendido hasta lo indecible.

-Todavía no; pero todo vendrá a su tiempo: muy pronto. Ahora dénos usted un recuerdo de hermano. Usted me hizo un servicio ayer, y aquel de Marwar. La mitad de mi Reino será para usted. Lo dice nuestro refrán, y yo se lo aseguro.

Di al sacerdote una brujulita mágica que llevaba en la cadena de mi reloj.

-Adiós -dijo Dravot, tendiéndome la mano cautelosamente-. Es la última vez que estrechamos la mano de un ínglés, quizá por mucho tiempo. Estréchasela tú, Carnehan - exclamo el sacerdote cuando el segundo camello pasaba cerca de mí.

Carnehan se inclíno y me dio la mano. Inmediatamente después, los dos camellos se perdieron entre la polyareda del camino, y quedé solo, meditando sobre aquella aventura. Era imposible encontrar incoherencia o defecto en el sacerdote y su criado. La escena del Bazar demostraba que los indígenas no sospechaban lo que se escondía bajo aquellos disfraces. Podían, pues, mis amigos llegar probablemente hasta el Afghanistán sin tropiezo, y cruzar ese país. Pero más allá les aguardaba tal yez la muerte, una muerte cierta y espantosa.

II

Diez días después, un corresponsal indígena que me daba las noticias del día en Peshavar, terminaba su carta con estas palabras:

"Ha dado mucho que reír aquí un sacerdote loco que, según se cree, va a vender baratijas, consideradas por él como grandes amuletos, a Su Alteza el Emir de Bokhara. Pasó por Peshavar y se incorporó a la Segunda Caravana de Verano que va a Kabul. Los comerciantes se han quedado encantados, pues creen supersticiosamente que esos locos llevan la buena suerte".

Los dos pasaron la frontera. Yo hubiera dirigido una oración al cielo por elfos, pero en esa noche acaeció la muerte de un verdadero Rey en Europa, y tuve que escribir el artículo necrológico.

La rueda del mundo gira, y las mismas cosas se repiten una vez y ciento. Pasó el verano, y el invierno también pasó, para volver nuevamente uno y otro. El periódico seguía apareciendo diariamente, y yo trabajando en él. En una noche cálida del tercer verano, había que esperar hasta última hora cierta noticia que debía telegrafiarse desde el otro extremo del mundo, exactamente como en la noche de aquel sábado a que me referí. Muchos grandes hombres habían muerto en los últimos dos años; las máquinas de nuestras prensas habían producido mucho estrépito, y lo producían mayor por ser más poderosas; en nuestro jardín los árboles habían crecido. Pero fuera de esto, el mundo era el mismo de siempre.

Yo me dirigí a la sala de prensas, y se repitió casi idénticamente la escena que antes describí. Mi nerviosidad era mayor que la de entonces, y yo sufría más a causa del calor. A las tres de la madrugada grité:

-¡A imprimir!

Y dicho esto daba la vuelta para salir, cuando se acercó al sitio en que yo estaba algo

como un vestigio humano. Su espalda se encorvaba trazando un círculo: tenía la cabeza hundida entre los hombros; movía los pies, uno sobre otro, a la manera de los osos. No acertaría yo a decir, en verdad, si andaba o se arrastraba, si hablaba o gemía aquel conjunto de harapos colgados de un cuerpo paralítico.

-¿Puede usted darme una copa? -murmuró con voz plañidera.

Y añadió:

-¡Por Dios, déme usted una copa!

Subí a la oficina, y el recién llegado siguió dando quejidos. Yo encendí la lámpara, y él volvió a la luz un rostro enflaquecido, coronado por un matorral de cabellos canos. Sin esperar más, me preguntó:

-¿No se acuerda usted de mí?

Le examiné atentamente y recordé haber visto aquellas cejas que formaban una sola banda negra, ancha y espesa, sobre la nariz. Pero no asociaba esa particularidad a un hecho o persona que acudiese a mi memoria.

-No sé quién es usted -dije alargando la copa de whisky-. ¿Qué se le ofrece a usted, y en qué puedo servirle?

Dió un trago ávidamente y se estremeció a pesar del calor sofocante.

-He vuelto -agregó-. Fuí Rey de Kafirístán junto con Dravot. ¡Fuimos coronados Reyes! Aquí, en esta oficina se arregló. Usted estaba sentado allí y nos daba los libros. Yo soy Peachey. Peachey Taliaferro Carnehan. ¡Y usted no ha salido de aquí! ¡Oh, Dios mío!

Mi sorpresa era grande, y dí expresión a mis sentimientos.

-Es verdad -dijo Carnehan sonriendo tristemente a la vez que se cogía los pies, envueltos en trapos-. Es verdad como un Evangelio. Fuimos Reyes. Llevamos corona ' en la cabeza. Fuimos Reyes Dravot y yo. ¡Pobre Dravot, pobre Daniel! ...

-¡Ah, sí; pobre Daniel, que no tomo mis consejos, aunque yo se lo rogué!

-Beba usted ese whisky -dije-, y tenga usted calma. Cuéntemelo todo, desde el principio hasta el fin, sin apresurarse. Pasaron ustedes la frontera en camellos. Dravot disfrazado de sacerdote y fingiéndose loco, y usted como criado suyo. ¿Lo recuerda usted?

-Yo todavía no estoy loco ... pero poco me falta. Por supuesto, lo recuerdo. No aparte usted la vista de mí, pues temo que mis palabras se disgreguen. Míreme bien y no me interrumpa.

Yo me incline hacia el y clave mis ojos en su rostro con la mayor atención que me fue posible. Dejo él caer una mano sobre la mesa, y yo se la sujete por la muñeca. Sentí que esa mano estaba contraída como garra de ave y vi en el dorso una cicatriz romboidal.

-No; no vea usted eso. Véame a mí -dijo Carnehan-. De eso trataremos después, pero por Dios, no me distraiga usted. Salimos con aquella caravana, y en el camino Dravot y yo íbamos haciendo toda clase de extravagancias para divertir a nuestros compañeros. Dravot nos obligaba a reír extraordinariamente por las noches cuando los expedicionarios se ocupaban en preparar su cena ... preparando su cena, y ... ¿que hacían entonces? Sus fogatas despedían chispas que volaban a la barba de Dravot, y esto nos causaba tanta risa, que era cosa de morirse. Las chispas rojas en la barba roja de Dravot. ¡Que gracioso!

Aparto sus ojos de los míos y empezó a reír como un loco.

-Llegaron ustedes hasta Jagdallak en la caravana -dije al azar-, y en Jagdallak dieron medía vuelta para entrar en Kafiristán.

-No; nada de eso. ¿Que está usted diciendo?

Torcimos antes de llegar a Jagdallak porque se nos dijo que los caminos eran buenos. Pero no lo eran para nuestros dos camellos, el de Dravot y el mío. Al separamos de la caravana, el se quito sus vestidos y me quito los míos. Dijo que teníamos que hacernos paganos, pues los kafires no querrían cruzar palabra con gente sometida a la ley de Mahoma. Adoptamos, pues, otros disfraces, y fueron tales, que no he visto ni espero ver una facha como la de Daniel Dravot. Se quemo la mitad de la barba, se tuso el pelo de un modo fantástico, y se echo sobre los hombros una piel de carnero. A mí también me dio una trasquilada ignominiosa, y me sometió a todos los ultrajes de un disfraz que se acomodara a la idea que el tenía de un pagano. Estábamos en un país muy montañoso, y los camellos ya no podían seguir adelante. Eran negros y corpulentos, y al volver los vi luchando como cabras monteses... Hay infinidad de estas en el Kafiristán. Y-las montañas son tan inquietas como las cabras -siempre están en lucha-, al grado de no ser posible dormir.

-Beba usted un trago de whisky -dije con voz lenta-. ¿Que hicieron usted y Daniel Dravot cuando los camellos no pudieron continuar el camino por la naturaleza montañosa del terreno?

-¿Que hicimos? Iba en compañía de Dravot un tal Peachey Taliaferro Carnehan. ¿Le hablare a usted de ese hombre? Murió en aquel frío país. ¡Como cayo del puente el pobre Peachey! Se le veía dar vueltas por el aire lo mismo que una perinola de las que lleva uno para venderle ¡l Emir. No; pero no valían un penique. Esas perinolas eran de las que dan a razón de dos por tres medios peniques. Y si no es así, me engaño mucho, y lo siento mucho ... ¿Y para que podían servir los camellos? Entonces Peachey le dijo a Dravot: Mira, vámonos de aquí antes de que nos corten la cabeza. Los dos mataron sus camellos en las montañas, pues no tenían otra cosa que comer. Pero antes de matar los camellos sacaron las cajas con los rifles y las municiones, hasta que llegaron unos hombres con cuatro mulas. Dravot se pone en pie, comienza a bailar y a cantar delante de ellos. Pide que le vendan cuatro mulas. El primero de los hombres dice: Si tiene dinero para comprar, ese dinero servirá para un robo. Pero antes de que el hombre pudiera llevar la mano a su cuchillo. Dravot le rompe el pescuezo, y los otros corren. Así Carnehan cargó las cuatro mulas con los rifles que habían llevado los camellos, y nos fuimos a la parte más fría de las montañas, en donde los caminos son menos anchos que la palma de la mano.

Interrumpió su relato, y yo le pregunte si podía recordar la naturaleza del país que había atravesado.

-Yo cuento las cosas lo mejor que puedo, pero no está mi cabeza del todo bien. Fue necesario que me la abrieran a escoplo para que entendiera cómo murió Dravot. El país era montañoso, y las mulas muy obstinadas: los habitantes andaban dispersos y solitarios. Subían los dos y bajaban, y el compañero Carnehan imploraba de Dravot que no silbara y cantara con tan fuerza, por el temor de que cayeran los tremendos aludes. Pero Dravot decía que si un Rey no puede cantar, no valdría la pena de serlo, y daba azotes a las mulas en las ancas, y no hizo caso de nada durante diez días de frío crudísimo. Llegamos a un valle muy apacible que está entre las montañas, y ya las mulas casi no podían dar paso. Las matamos, pues no tenían ellas ni nosotros cosa especial para comer. Nos sentamos sobre las cajas, y jugamos a pares y nones con los cartuchos que saltaron de las cajas.

Salieron entonces diez hombres con arcos y flechas en persecución de veínte

hombres con arcos y flechas, y la lucha fue tremenda. Eran hombres rublos -más rubros que usted y que yo-, de una complexión muy recia. Dice Dravot, sacando los fusiles de sus cajas: Aquí empieza la danza. Vamos a pelear por los diez. Y al decírlo, hace fuego con dos rifles contra los veinte, y cae uno a doscientos metros de la roca en donde Dravot estaba sentado. Los otros hombres corrieron, pero Carnehan y Dravot, sentados sobre las cajas, dispararon en todas direcciones, sobre los hombres que corrían por el valle. Entonces vamos hacia los diez, que habían corrido por el ventisquero, y nos arrojan una pequeña flecha. Dravot les hace un disparo al aire, y todos se dejan caer. El va y les da patadas y después, los levanta y les estrecha las manos a todos para que sean amigos. Los llama y les da las cajas para que las lleven, y saluda con la mano en su derredor, como si ya fuera Rey verdadero. Los diez hombres cargan las cajas, y va Dravot con ellos por el valle, y sube a la montaña, en donde hay un bosque de pinos que la corona, y allí tienen aquellos hombres media docena de ídolos de piedra, muy grandes. Dravot se dirige al más corpulento de los hombres -uno a quien llaman Imbra-, y pone un rifle y un cartucho a sus pies, frotándole a la vez la nariz con su propia nariz. Después le da palmadas en la frente, se pone delante de el y le hace reverencias. Vuelve la vista a los hombres, inclina la cabeza, y dice:

-Está bien. Ya se lo que debo hacer. Todos estos salvajes son mis amigos.

Entonces abre la boca y señala para dentro, y cuando el primero de los hombres se le acerca y le lleya comida, él dice:

-No.

Y cuando el segundo le lleva comida, el dice:

-No.

Pero cuando uno de los viajeros sacerdotes del pueblo lleva comida, y va también el jefe de la aldea. el dice:

-Sí -con mucha altanería.

Y come muy despacio. Así fue como llegó a la primera aldea, sin dificultad, cual si hubiéramos bajado del cielo. Pero caímos de uno de esos malditos puentes de cuerda -ya usted los conoce-, y despues de eso no le quedan a un hombre muchas ganas de reír en todo el resto de sus días.

-Beba usted más whisky, y continúe. Ese fue el primer pueblo que ustedes encontraron. ¿Y cómo se hizo usted Rey?

-Yo no fui Rey -dijo Carnehan-. Dravot fue el Rey y tenía un aspecto muy arrogante con su corona de oro en la frente y todo lo demás. El y su compañero se quedaron en aquella aldea, y por las mañanas Dravot iba a sentarse junto al viejo Imbra, y el pueblo iba también y los adoraba. Esa era la orden que había dado Dravot. Después llegaron muchos hombres al valle, y Carnehan y Dravot los arrojaron con los rifles antes de que se dieran cuenta del peligro. Los dos bajaron al valle, subieron por el otro lado y encontraron, otro pueblo como el primero, y todos los habitantes se echaron al suelo, y Dravot dice:

-¿Que pasa entre estos dos pueblos?

Y toda la gente señala a una mujer, tan rubia como usted y como yo; y luego se la llevaron, y Dravot la conduce al primer pueblo, y cuenta los muertos, que eran ocho. Por cada muerto, Dravot derrama una pequeña cantidad de leche en el suelo, y mueve los brazos como perinolas, y dice:

-Está bien.

Entonces el y Carnehan toman a los dos viejos jefes de cada pueblo, y los llevan hasta el fondo del valle, y les enseñan cómo se hace una línea con una pica, y le dan a cada uno un terrón de cada lado de la línea. Todos bajan al instante y gritan como demonios; y Dravot dice:

-Id y labrad la tierra, y sed felices, y multiplicaos.

Y ellos lo hicieron, aunque no entendían. Entonces preguntamos los nombres de las cosas en su lengua, porque era necesario saber decir pan, agua, fuego e ídolo, y Dravot va y se lleva al sacerdote de cada pueblo en presencia del ídolo, y dice que debe sentarse allí, y juzgar a los hombres, y matar a los que no caminen por el sendero de la justicia.

Una semana después, todo estaba en el valle como si fuera una colmena, y mucho mejor, y los sacerdotes oían las quejas, y le decían por señas a Dravot todo lo necesario.

-Este es el principio -dice Dravot-. Ya creen que somos dioses.

El y Carnehan escogen veinte hombres de los mejores, y les enseñan a manejar los rifles, y los forman de- cuatro en cuatro, y a avanzar en línea. Y eso les causaba mucho agrado, y tenían inteligencia para ver los resultados. Entonces el saca su pipa y su morral, y deja un hombre en un pueblo y otro en el otro, y pasamos a ver lo que se puede hacer en el otro valle. Todo era roca, y encontramos una aldehuela, y Carnehan dice:

-Mándalos a sembrar en el otro valle.

Y se los llevan,- y les dan una tierra que no había sido tomada antes. Eran muy infelices, y derramamos sobre ellos la sangre de un cabrito antes de permitirles que se establecieran en el nuevo Reino. Era para impresionar a todos, y se establecieron pacíficamente en sus tierras, y Carnehan fue a unirse a Dravot que estaba en otro valle, todo nieve y hielo y muy montañoso. Allí no había gente, y el Ejercito se asustó; así Dravot fusiló a un soldado, Luego prosigue hasta que encuentra gente en una aldea, y el Ejercito explica que si no quiere morir será mejor que no disparen sus mosquetes de mecha, pues tenían mosquetes. Nos hicimos amigos del sacerdote, y yo me quede con dos del Ejercito, enseñando a los hombres del pueblo los movimientos militares; y un gran jefe viene entonces por los nevados con tambores, y tocando cuernos, porque le han dicho que hay un nuevo dios. Carnehan apunta a la mancha negra de los hombres que llegan; cuando están a trescientos metros, cae uno en la nieve. Entonces le manda un mensaje al jefe, y le dice que si no quiere morir, venga a estrecharle la mano, dejando todas las armas. El jefe viene primero solo y le estrecha la mano, y le hace los movimientos de brazos que acostumbra Dravot, y el jefe está muy azorado, y me toca las cejas. Entonces Carnehan va a hablar con el jefe, y sin hablar le pregunta si tiene algún enemigo a quien odie.

-Tengo uno -erice el jefe.

Entonces Carnehan escoge lo más granado, y de signa a los dos de su Ejercito para que les enseñen la maniobra, y al cabo de dos semanas, los soldados del jefe hacen ejercicios como si fueran de un Cuerpo de Voluntarios. Marcha, pues, con el jefe a una gran llanura que está en la cumbre de una montaña, y los soldados del jefe van y toman el pueblo con sólo tres disparos de Martini que dirigimos los tres del Ejercito al enemigo. Así tomamos ese pueblo también, y le doy al jefe un jirón de mi guerrera, y le digo:

-Ocupa ese pueblo mientras vengo.

Eso era como una escritura. Por vía de recuerdo, cuando yo y el Ejercito estamos a dos kilómetros, o menos, disparo una bala que cae sobre la nieve cerca de él y todos se echan por tierra. Entonces mando una carta a Dravot, donde se halle, por mar o por tierra.

Yo interrumpí la narración, aun con peligro de que Carnehan tuviese dificultades para reanudarla.

-¿Cómo podía usted escribir cartas?

-¿La carta? ¡Ah, sí; la carta! No aparte usted la vista de mis ojos. Era una carta con cordeles, según el sistema que nos había enseñado un mendigo ciego en el Punjab.

Recuerdo que en una ocasión vino a la oficina un mendigo ciego que traía una yarita de mimbre nudosa y una cuerda que ataba en torno de la varita, según cierta clave propia de el. Gracias a esto podía repetir una frase pasadas horas y aun días, con sólo pasar las manos por la cuerda. Había reducido el alfabeto a once sonidos elementales, y quiso enseñarme su método, pero yo no pude entenderlo.

-Envié la carta a Dravot -continuó Carnehan-. Y le dije que fuera a donde yo estaba, porque el Reino crecía mucho, y yo no podía gobernarlo. Y me dirigí al primer valle, para ver cómo se portaban los sacerdotes. El primer pueblo se llamaba Bashkay, y el que tomamos con el jefe se llamaba Er Heb. Los sacerdotes de Er Heb se conducían perfectamente bien, pero tenían muchos litígios pendientes que yo debía resolver, y los hombres de otros pueblos disparaban flechas por la noche: Fuí a practicar un reconocimiento en ese pueblo, y dispare cuatro balazos a dístancia de un kilómetro. Yo no quería consumir cartuchos, y espere a Dravot, que había estado ausente dos o tres meses, y yo conserve la paz públíca.

Un día oigo un ruido infernal de tambores y cuernos, y Daniel Dravot marcha por la pendiente de la montaña con su Ejercito y con una comitiva de centenares de hombres, y lo que era más sorprendente, llevando una corona de oro en la cabeza.

-Por Dios, Carnehan -dice Daniel-; este es un negocio colosal, y ya hemos hecho cuantas conquistas necesitamos. Soy hijo de Alejandro y de la Reína Semíramis, y tú eres mi hermano menor, y también eres un Dios. No hemos visto cosa igual. Durante mes y medio he avanzado y he combatido al frente de mí Ejercito. No hay pueblecillo en más de sesenta kilómetros que no acuda á nosotros con júbilo. Más aún, ya tengo en mis manos la llave de la situación, como verás con tus propios ojos. ;Y llevo una corona para ti! En un lugar llamado Shu, mande que hícieran dos coronas, pues allí las rocas tienen tanto oro como grasa un carnero. He visto el oro, y he desencajado turquesas de los riscos a puntapiés, y hay granates en las arenas del río, y aquí tengo un trozo de ámbar que me trajo un hombre. Reúne á todos los sacerdotes y corónate.

Esto dijo Dravot.

Uno de los hombres que estaban conmigo abre

un saco hecho de pelo negro, y yo tomo la corona. Era muy pequeña para mi cabeza, y pesaba mucho, ---ro yo me la puse por la gloria. La habían fabrícado á martillo, con oro, y pesaba cinco libras, tanto como un aro de barril.

-Peachey -dice Dravot-, no creas que vamos á necesitar de la guerra. Todo depende del Arte[4] así, pues, tienes que ayudarme.

Y va y me pone delante del mismo jefe á quien yo deje en Bashkai. Lo llamábamos Billy Fish, por que se parecía á aquel Billy Fish que conducía la máquina tanque en Mach, hace años.

-Dale la mano -me dice Dravot.

Yo se la di, y casi me desmaye, porque me hizo la seña masónica. Yo nada dije, pero

[4] La Masonería.

le conteste con la H... y fue un error mío.

-¡Es. . ! -le dije á Daniel-. ¿Pero conoce la palabra?

-Sí -dice Daniel-. Y todos los sacerdotes la conocen. ¡Esto parece milagro! Los jefes y los sacerdotes pueden hacer los trabajos de una Logia, como nosotros, y han grabado los signos en las rocas, pero no conocen el Tercer Grado y vienen para que se les haga la revelación. Es la verdad de Dios. Yo sabía desde hace años que en Afghanistán se conocía el Primer Grado, pero lo de aquí es un milagro. Yo soy Dios, y además soy Gran Maestre de la Masonería, y voy á fundar una Logia del Tercer Grado, y se lo concederemos á los sacerdotes y á los jefes de los pueblos.

-Pero esto es contra toda la ley -digo-, pues no se puede fundar una Logia sin la respectiva autorización, y tú bien sabes que no hemos desempeñado funciones en ninguna Logia.

-Pero, hombre, está es una obra maestra de política -dice Dravot-. Con la Logia manejaremos el país más fácilmente que un coche de cuatro ruedas en un camino de bajada. Si nos ponemos á hacer las cosas de otro modo, se nos sublevan. Tengo detrás de mí cuarenta jefes, y los iré elevando y dándoles grados según sus méritos. Anota á estos de las aldeas y ve cómo establecemos nuestra Logia. Podemos instalarla en el templo de Imbrá. Ya les dirás á las mujeres cómo se hacen los mandiles. Voy á hacer un llamamiento á los jefes, y mañana tendremos Logia.

Yo no era un necio para ignorar lo que la Logia significaba en el impulso del negocio. No descanse hasta enseñar a las familias de los sacerdotes todo lo relativo a los mandiles de los grados, y el de Dravot se hizo poniendo en un cuero, a falta de paño, los ribetes e insignias azules con turquesas. Para la silla del Venerable tomamos una gran piedra cuadrada que había en el templo. Llevamos otras pequeñas para los hermanos vigilantes y demás funcionarios, así como para los compañeros y aprendices. Por último, pintamos escuadras blancas en el pavimento que era negro. Se hizo, en suma, todo lo necesario para regularizar la Fundación.

En la ceremonia de besamanos que hubo esa noche en la ladera de la colina, y que fue celebrada con luminarias, Dravot proclamó que el y yo éramos Dioses e hijos de Alejandro y Grandes Maestres en la Masonería, y que habíamos ido a Kafiristán con el fin de que todos sus habitantes comiesen en paz y bebiesen sin inquietud, y especialmente para que se nos obedeciese. Entonces los jefes vinieron uno a uno y nos estrecharon la mano, y como tenían mucha barba y eran tan blancos y rubios, parecía que estábamos en un círculo de antiguos amigos. Yo les puse nombre, según su semejanza con personas a quienes habíamos conocido en la India: uno era Billy Fish, otro Holly Dilworth, otro Pikky Kergan, el dei Bazar de Mhow, cuando yo estaba allí y así sucesivamente.

Los milagros más grandes fueron los de la Logia de la siguiente noche. Uno de los sacerdotes nos veía de continuo. Yo estaba inquieto porque era preciso inventar mucho del Ritual, y no sabía si aquella gente se hallaba enterada. El viejo sacerdote no era de aquel pueblo, pues había ido más allá de Bashkay. Cuando Dravot se puso el mandil que le habían hecho las muchachas, el sacerdote da un grito y un rugido y quiere voltear la piedra en que estaba sentado Dravot.

¡Ya sucedió! -digo yo-. Eso viene por meterse con la Masonería sin tener permiso.

Dravot entretanto no pestañeaba, y se mantuvo impasible aun después de que diez sacerdotes tomaron y empinaron la silla del Venerable, o sea ta piedra de Imbra. Los sacerdotes trotan la parte inferior de la piedra para quitarle el lodo negro que la cubre, y

el mas viejo de ellos muestra a los otros sacerdotes el signo de Gran Maestre grabado en la piedra. Era el mismo que llevaba el mandil de Dravot, y ni aun los sacerdotes sabían que estaba en la parte inferior de la piedra. El viejo sacerdote cayó postrado en tierra, y besó los pies de Dravot.

-Ya ves cómo hemos tenido buena suerte con esto de la Logia -me dice Dravot-. Aseguran que es el signo perdido, cuya significación nadie puede dar. Nuestra situación es ya perfectamente sólida.

Como no había mazo para las señales, Dravot emplea la culata de su rifle, y habla así:

-Por virtud de la autoridad de que estoy investido y que me yiene de mi mano derecha y de la cooperación de Peacbey, me declaro Gran Maestre de toda la Francmasonería del Kafiristán en esta Logia central del país, y también me declaro Rey de Kafiristán en compañía de Peachey.

El se ciñe su corona, y yo la mía. Desempeñaba yo las funciones de Primer Vigilante, y abrimos la Logia en más amplia forma. ¡Fue uno de los grandes milagros! Los sacerdotes hacían todos los movimientos rituales y las ceremonias de los dos primeros grados, sin que hubiera casi necesidad de hacerles indicaciones, como si les volviese un recuerdo perdido. Después, Peachey y Dravot promovíeron a los más dignos entre el alto sacerdocio y los jefes de pueblos distantes. A Billy Fish le tocó el primer ascenso, y puedo asegurar que casi lo desollamos en la ceremonia. No se efectuó ésta según las reglas estrictas del Ritual, pero sirvió para nuestro objeto. Sólo otorgamos la gracia a diez de los personajes más caracterizados, pues no entraba en nuestra política vulgarizar el Grado. Y muchos clamaban por la distinción.

-Dentro de seis meses -dijo Dravot- habrá otra comunicación, y veremos cómo trabajáis.

Después les pide informes acerca de sus aldeas, y sabe que luchan unos contra otros, y que ya les cansaba esa vida, pues cuando no se desgarraban en contiendas locales las tenían con los mahometanos.

-A éstos los combatiremos cuando vengan a nuestro territorio erice Dravot-. Escoged uno de cada diez hombres para formar la guardia de la frontera, y que haya aquí constantemente doscientos para el ejercicio militar. A nadie se le fusilará ni se le lanceará mientras se porte bien, y yo sé que no vais a engañarme, porque sois de raza blanca, hijos de Alejandro, y no como esos negros mahometanos, gente vulgar. Vosotros sois mi pueblo, y por Dios -dijo hablando en inglés al final- os constituiré en una espléndida nación o moriré en la demanda.

Es imposible referir cuánto hicimos durante los seis meses que siguieron, porque a la obra de Dravot no se le veía el fin, y aprendió la lengua con una perfección que yo no pude alcanzar. Dirigía yo los trabajos de labranza, y de vez en cuando salía con algunos de los del ejército para ver lo que se hacía en los otros pueblos y para que pusieran puentes de cuerdas en los abismos que cortan este tórrido país. Dravot era muy bondadoso conmigo, pero cuando se paseaba por los pinares acariciándose la barba, roja como la sangre, era señal de que formaba planes en los que mi opinión carecía de objeto, y yo me limitaba en tales casos a esperar sus órdenes.

Mas Dravot nunca me mostró poco miramiento en presencia del pueblo. Todos me temían y temían al Ejército, pero Daniel era amado. Era también el mejor de los amigos para los sacerdotes y para los jefes. Cuando alguien acudía con quejas, Dravot le

escuchaba y después llamaba en consulta a cuatro sacerdotes para resolver lo que se debería hacer. Llamaba también a Billy Fish, de Bashkay, a Pikky Kergan, de Shu, y a un viejo Jefe que se decía Kufuselum, pues así más o menos sonaba su nombre. Daniel celebraba con ellos grandes consejos para las guerras que era necesario llevar a los pequeños pueblos. Estos hombres formaban, pues, su Consejo de Guerra, y los cuatro sacerdotes de Bashkay, Shu, Khawak y Madora formaban el Consejo Privado. Todos estos consejeros acordaron mandarme con cuarenta hombres y veinte rifles, y otros sesenta hombres cargados de turquesas para que comprara en el país de Ghorband los rifles Martini hechos a mano que salen de las maestranzas del Emir en Kabul, pues los regimientos del Emir son capaces de dar hasta los dientes de sus soldados a cambio de turquesas.

Permanecí un mes en Ghorband. Con mis mejores turquesas soborné al Gobernador; corrompí al coronel del regimiento con otras turquesas; puse de acuerdo a los dos, y auxiliado por los Jefes de tribu, saqué de allí más de cien Martinis fabricados a mano, cien buenos Kohat Jezails, de un alcance de seiscientos metros, y cuarenta cargas de pésimas municiones para los rifles. Volví con mis efectos e hice una distribución de armas entre los hombres que los Jefes me enviaron para su instrucción militar. Dravot estaba muy ocupado para dedicarse a estos trabajos, pero el primer Ejército que habíamos organizado me prestó una inmensa ayuda, y en poco tiempo organizamos quinientos hombres capaces de maniobrar y doscientos que conocían el manejo de las armas. Los malditos fusiles, que parecian sacacorchos, les produjeron el efecto de máquinas maravillosas. Dravot, entretanto, se paseaba por los pinares acariciándose las barbas con ambas manos y hablando de establecer maestranzas. El invierno se aproximaba.

-No quiero fundar una Nación -decía Dravot-. ¡Quiero fundar un Imperio! Estos hombres no son negros. ¡Son ingleses! Si los sacerdotes no se asustan, haré un censo en la primavera. Yo creo que habrá dos millones de habitantes en estas montañas. Los pueblecillos están llenos de níños. Con una población de dos millones de habitantes, podemos levantar un Ejército de doscientos cincuenta mil hombres, ¡y todos son ingleses! No necesitan sino rifles y ejercitarse en la táctica. Estos doscientos cincuenta mil hombres podrán cortar el flanco derecho de Rusia cuando ésta se lance sobre la Inda. Peachey -dice mordiéndose la barba-, seremos Emperadores, ¡los Emperadores de la Tierra! El Rajá Brooke será junto a nosotros como un niño de teta. El Virrey y yo hablaremos de igual a igual. Voy a escribirle para que me maride doce ingleses muy escogidos, doce a quienes yo conozco. pues necesitamos colaboradores en el gobierno. Me acuerdo de Mackray, el sargento retirado de Segowli, y por cierto que él me dio de comer muchas veces, y que su mujer me obsequio con un pantalón. Tenemos a Donkin, el alcaide de la cárcel de Tounghoo. Hay más de un centenar de hombres de quienes echaría mano si estuviera en la India. Pero el Virrey puede hacerlo por mí. Voy a enviar un hombre en la primavera para que los traga, y pediré dispensa a la Masonería por lo que he hecho como Gran Maestre. Y que me manden todas las armas de sistema Sniders que sean inutilizadas cuando las tropas de la India adopten el Martini. Estarán viejas y malas, pero aquí nos servirán admirablemente para nuestras empresas militares. Tenemos doce ingleses, cien mil Sniders, que nos enviarán por el país del Emir en pequeñas partidas -me contentaré con veinte mil durante el primer año-, y ya somos Imperio. Cuando esté a flote, yo cederé mi corona -esta corona que llevo en la cabeza-, y me arrodillaré ante la Reina Victoria. Ella entonces me dirá: " Levantaos, Sir Daniel Dravot". ¡Eso es grandeza!

Te aseguro que eso es llegar a la altura. Pero hay que trabajar mucho en Bashkay, en Khawak, en Shu, en todas partes. . .

-¿Y qué ocupación queda? -pregunto-. Ya no falta dar instrucción militar en este otoño. Mira esos nubarrones. Van a traernos mucha nieve.

-Si no es eso -me dice Daniel poniéndome la mano con fuerza sobre el hombro-; no es eso, y no quiero decir nada contra ti, pues no hay nadie que me hubiera seguido y secundado como tú lo has hecho. Tú eres un Comandante de primera fuerza, y ya todo el pueblo lo sabe; pero ... el país es grande y tú no puedes ayudarme, Peachey, como yo quiero que se me ayude.

-Pues que te ayuden tus condenados sacerdotes.

Yo dije esto con pena, pues era duro hablar así. pero no podía dejar de sentirme afligido al ver ese aire de superioridad con que me trataba Daniel cuando yo me prestaba a todo de tan buena voluntad y enseñaba la disciplina al Ejército.

-Peachey, déjate de necedades -me dijo Dravot sin lanzar un solo juramento-. Tú eres Rey como yo, y la mitad de este Reino te pertenece, ¿pero no te haces cargo, Peachey, de que necesitamos hombres más inteligentes que nosotros? Bastará que tengamos tres o cuatro como virreyes. Es un Estado muy grande, y yo no se muchas veces lo que conviene decir y hacer. Además, yo no tengo tiempo para hacer todo lo que se necesita. Y el invierno viene, y muchas cosas más.

-Lo siento, Daniel ; lo siento -digo yo-. Por mi parte he hecho cuanto se ha podido. Yo he cumplido enseñando a formar y a marchar, y cuidando de que hagan sus siembras con todas las reglas de la agricultura. Además, he traído esos tubos de hoja de lata de Ghorband. Pero ya se lo que te pasa. Conozco las preocupaciones de los Reyes.

-Hay también otra cosa -dijo Dravot paseándose con agitación-. El invierno se aproxima, y como estos no nos han de dar trabajo para dominarlos, y aunque nos lo den será imposible ir a campaña, resulta que yo necesito mujer.

-¡Quítate de pensar en mujeres -digo-. Los dos hacemos lo que se puede, aunque yo sea un necio. Acuérdate del contrato, y no pienses en mujeres.

-El contrato fue válido sólo hasta que nos hicimos Reyes. Durante todos estos meses pasados hemos sido Reyes --dijo Dravot sopesando su corona-. Y tú también vas a casarte, Peachey. Necesitas una moza rolliza y alta que te caliente en invierno. Son más bonitas que las inglesas, y podemos escoger lo mejor. Con una o dos pasadas que les demos por agua caliente saldrán como pollo con jamón.

-No me tientes -digo-. Yo no quiero tratos con mujer hasta que nos hayamos consolidado más de lo que estamos. Yo he trabajado como dos y tú como tres. Descansemos un poco y pensemos en tener mejor tabaco del país de Afgnán, y también algo del buen licor, pero nada de mujeres.

-¿Quien habla de mujeres? -pregunta Dravot-. Yo digo mujer y hablo de una Reina para perpetuar la dinastía. Una Reina salida de la tribu más fuerte para emparentar con la nobleza y para que los individuos de la misma sangre de la Soberana se unan a nuestra causa y nos digan lo que el pueblo piensa y desea. Eso es lo que necesito.

Y yo digo:

-¿Recuerdas aquella bengalesa que yo tenía en Mogul cuando trabajaba allí como asentador de ferrocarril? Era muy buena. Me enseñó el idioma e hizo muchas cosas en mi favor, ¿pero que sucedió? Se fue con el criado del jefe de estación y se llevó una quincena de mi salario. Después anduvo en Dadur con un mestizo, y tuvo la

desyergüenza de decir que era mi esposa, y lo contaba a todos los empleados de la estación.

-Aquello pasó -dice Dravot-. Aquí hay mu

jeres más blancas que tú y yo. He de tener una Reina para el invierno.

-Te lo digo por la última vez, Daniel, no lo hagas -repito yo-. Acuérdate de la Biblia. Ella manda que los Reyes no pierdan su fuerza a causa de las mujeres, especialmente cuando tienen que gobernar un nuevo Reino en bruto.

-Y por la última vez contesto que lo quiero y lo haré -dijo Dravot.

Y se alejó por los pinares como un diablo rojo, pues el sol le iluminaba la corona y las barbas.

III

Pero el asunto del matrimonio no era tan fácil como lo creía Daniel. Expuso su plan en el Consejo, Y nadie contestó hasta que Billy Fish dijo prudentemente que el Rey se dirigiera a las interesadas. Dravot dijo horrores de todos los Ministros. Se levantó, y poniéndose junto al ídolo Imbra, exclamó irritado:

-¿Qué tengo yo? ¿Se me cree acaso un perro, o no soy digno de vuestras mujerzuelas? ¿No he extendido la sombra de mi mano protectora sobre este Reino? ¿Quién sino yo lo defendió contra la última tentativa de los afghanes?

Debo decir que yo era el verdadero héroe de aquella lucha, pero Dravot estaba irritado y perdió la memoria de los acontecimientos. Daniel prosiguió:

-¿Quién os ha traído armas? ¿Quién ha reparado los puentes? ¿Quién es el gran Maestre del signo que está grabado en la piedra del ídolo?

Al decir esto, golpeaba con el puño la piedra en que tomó asiento para fundar la Logia, y que le servía también para presidir los Consejos. Estos se abrían siempre como tenidas de Logia. Billy Fish guardó silencio. Los otros igualmente.

—Cálmate Daniel -dije yo-. Cálmate y dirige tus pretensiones a las jóvenes casaderas. Así se hace en Inglaterra, y éstos son completamente ingleses.

-cero el matrimonio de un Rey es asunto de Estado -dijo Daniel en un acceso de rabia y obrando contra las tendencias de su natural bondadoso.

Salió de la Sala del Consejo, en tanto que sus Ministros permanecían en silencio con los ojos clavados en el suelo.

-Billy Fish -dije yo dirigiéndome al jefe de Bashkay-, ¿qué pasa aquí y cuál es la dificultad? Dé usted una respuesta franca como cumple entre buenos amigos.

-Ya usted lo sabe -dice Billy Fish-. ¿Cómo ha de ignorarlo el que todo lo sabe? ¿Pueden por ventura las hijas de los hombres casarse con dioses o demonios? No es conveniente.

Yo recordaba haber leído algo semejante en la Biblia, y viendo que después de conocernos tan a fondo, aquellas gentes persistían en creernos dioses, no iba a ser yo quien las desengañara; así me atuve a mis nociones de Historia Sagrada.

-Un Dios puede hacer lo que quiera -digo yo-. Si el Rey quiere a una muchacha, no permitirá que ésta muera.

-Ella tendrá que morir -contesta Billy Fish-. Hay muchas clases de dioses y de

diablos en estas montañas. Cuando una muchacha se casa con uno de esos espíritus, lo que acontece con no poca frecuencia, no volvemos a verla. Además, ustedes conocen el signo grabado en la piedra, y eso es atributo de los dioses. Nosotros creímos que ustedes eran hombres, hasta que nos mostraron el signo del Maestre.

Yo hubiera querido explicarle la pérdida del secreto de la Masonería, su secreto auténtico, pero guardé silencio. Toda esa noche se oyó el sonido de los cuernos en que tañían a manera de trompetas los sacerdotes de un adoratorio sombrío que estaba a media ladera, y oí también los lamentos de una muchacha que se preparaba a morir. Uno de los sacerdotes nos dijo que era la destinada a casarse con el Rey.

-Dejémonos de necedades -dice Danielillo-. No alteraré vuestras costumbres, pero deseo tomar mujer a mi antojo.

-Es que la muchacha está algo atemorizada -dice el sacerdote-. Cree que va a morir, y la están confortando en el templo.

-Pues confortadla con más ternura -contesta Dravot-, o yo os confortaré con un rifle, hasta que no tengáis necesidad de otros consuelos.

Daniel se mord.ó los labios, y estuvo paseándose casi toda la noche, y pensando en la esposa que iba a tener por la mañana. Yo no me sentía muy tranquilo. pues sabía que los tratos con mujeres en el extranjero son muy peligrosos, aunque esté uno veinte veces ungido como Rey. Me levanté muy temprano, antes de que despertara Dravot, y vi que los sacerdotes hablaban en secreto, viéndome de reojo.

-¿Qué pasa, Fish? -pregunté al de Bashkay, quien estaba muy arrebujado en su zalea, presentando el más espléndido aspecto de guerrero.

-No podría decirlo exactamente -contesta-; pero creo que si persuade usted al Rey de que no piense en esa tontería del matrimonio, me prestaran ustedes un servicio muy grande, y se lo harán a sí mismos.

-Esa es también mi opinión -agregó-; pero ya usted sabe, querido Billy, puesto que se ha batido contra nosotros, y también lo ha hecho a nuestro lado, que el Rey y yo somos hombres, los dos hombres más notables que ha creado el Supremo Ha- i cedor, pero nada más que hombres. Yo se lo aseguro.

-Bien puede ser -dice Billy Fish, y yo lo sentiría mucho.

Hunde la cabeza entre los vellones de su zalea, y reflexiona un breve espacio.

-Rey -dice Billy-, ya sean ustedes hombres, dioses o diablos, yo me pondré a su lado en este día de prueba. Tengo aquí veinte de los míos que me seguirán. Nos retiraremos a Bashkay hasta que pase i esta turbonada.

Había nevado durante la noche, y todo era blanco en derredor, menos las nubes que avanzaban del Norte, preñadas y amenazadoras. Dravot salió con su corona en la cabeza meneando los brazos y haciendo cabriolas más contento que un truhán de feria.

-Por la última vez te lo digo: hay que renunciar a eso, Daniel -dijo en voz muy baja y discreta-. Aquí está Billy Fish, y asegura que tendremos fandango.

_-;Disturbios en mi Reino y entre mis súbditos! -exclama Dravot-. No lo creas, Peachey. Serás un majadero sí no te casas también. ¿En dónde está la muchacha?

Las últimas palabras eran ya el rebuzno del garañón.

-Conyoca a todos los Príncipes y Sacerdotes para que el Emperador vea en su presencia a la mujer que le ha sido destinada y diga si es de su agrado.

No era necesario hacer llamamiento alguno. Todos estaban allí, apoyando las manos en las bocas de sus rifles o en el regatón de sus picas, llenando la explanada que había en

un claro del pinar. Un grupo de sacerdotes avanzó haca el templo conduciendo a la joven desposada, y las trompetas de cuerno sonaron con tal estrépito que probablemente despertaron a los muertos. Billy da un rodeo y se coloca muy cerca de Daniel con sus veinte escopeteros. Ninguno de esos hombres tenía menos de 1.80 metros. Yo también estaba junto a Dravot, y detrás de mí había veinte hombres del Ejército de línea. Sale la muchacha, que era una moza muy garrida, toda cubierta de plata y de turquesas. pero pálida como una muerta, y dirigiendo constantemente míradas a los sacerdotes que la seguían.

-;De primera! -dijo Danielillo, examinándola de pies a cabeza-. ¿Por qué tienes miedo, mozuela? Ven y dame un beso.

Daniel la abraza. Ella cierra los ojos, da un grito v hunde la cabeza en la barba roja y llameante de Daniel.

-¡Me ha mordido! -dice éste llevándose la mano al cuello y retirándola cubierta de sangre.

Billy Fish y dos de sus escopeteros cogen a Danielucho por los hombros y se lo llevan al grupo de Bashkay. Los sacerdotes, entretanto, dan aullidos y gritan en su lengua:

-No es dios, ni es diablo, sino hombre.

Yo fui arrojado hacia atrás por un sacerdote que se me interpuso, y el Ejercito de línea rompió el fuego contra los soldados de Bashkay.

-¡Dios poderoso! --clama Daniel-. ¿Que es esto?

-¡Atrás! ¡Salga usted! -grita BiIly Fish-. ¿No comprende que se le han sublevado? Veamos si es posible abrirnos paso y retirarnos a Bashkay.

Yo intentaba dar órdenes a mis soldados -a todo el Ejercito recular-, cero fue imposible obtener cine se me oberíeciera. Viendo esto, dispare con un Martini autentíco apuntando al grupo. y atravesé a tres de aquellos badulaques en fíla. Todo el valle re-ovaba con los alaridos y maldiciones de los salvajes que no cesaban de dar yoces, diciendo:

-¡Es un símple mortal ! ¡No hay tal dios ni tal diablo!

Las tropas de Bashkay hicieron prodigios, pero el armamento que tenían era muy inferior al del Ejército, pues aun cuando los rifles de los regulares fueran los de Kabul, la eficacia del sistema de retrocarga no admitía punto de comparación con las escopetas de pajuela. Cuatro de los Bahskay cayeron a los primeros disparos. Daniel bramaba como un toro porque estaba furioso, y Billy Fish hacía mil esfuerzos para impedir que el Rey se lanzase fuera de filas.

-¡No podemos sostenernos!-gríta Billy Fish-… Emprendamos una retirada por la cuesta y el valle. Toda la localidad está contra nosotros.

Los escopeteros salieron corríendo, y bajamos hacia el valle a pesar de la resistencia de Dravot.

Juraba este como un condenado, y decía que el era el Rey. Los sacerdotes echaban a rodar grandes piedras por la pendiente, y el Ejército regular nos hacía un fuego graneado. Después de pasar revista en el fondo del valle, vimos que habíamos llegado con vida seis soldados, Daniel, Billy Fish, y el que habla.

El enemigo suspendió el fuego, pero volvieron a resonar en el templo los acentos de las trompetas de cuerno.

-¡Huyamos, por Dios! ¡Huyamos! -dice Billy Fish-. Ya mandan emisarios a todos los

pueblos para que nos corten el paso.- Yo protegeré a ustedes en Bashkay, pero aquí nada puedo hacer.

Para mí, Daniel ya estaba loco desde aquel momento. Miraba a derecha e izquierda con ojos de cerdo degollado. Intentaba volver solo y matar con sus propias manos a los sacerdotes.

-¡Soy Emperador!- dice Daniel-. ¡Dentro de un año seré elevado a la dignidad de Par por Su Majestad la Reina!

-¡Sí; es verdad! -digo apremiándolo-. Pero ven y salvémonos aprovechando los instantes que nos quedan.

-¡Todo es culpa tuya! -exclama con voz airada-. ¡Tú has desatendido al Ejercito! Estaba minado por el espíritu de la rebelión, y tú no lo sabías. Eres un desgraciado ... un maquinista, un empleaducho de ferrocarriles, un cualquiera.

Se dejó caer sobre una piedra, y me dijo cuanto insulto le vino a la boca. Yo tenía el corazón en un puño, y poco se me daba aquella andanada de ultrajes, pues era evidente la causa de nuestro fracaso, debido sólo a su insensatez.

--miento decírtelo, Daniel, pero no puede uno contar con los indígenas. Esto que nos pasa es nuestro 57[5] . Tal vez podamos aún dominar la rebelión si nos es posible llegar a Bashkay.

-Vayamos pues a Bahskay -dice Daniel-. Pero juro que a mi vuelta no quedará vivo uno solo de esos miserables insectos.

Caminamos durante todo el día, y a pesar de ello Daniel pasó la noche dando paseos por la llanura cubierta de nieve, todo derrengado, mordiéndose la barba y hablando consigo mismo.

-No hay esperanza de salir a terreno seguro - dijo Billy Fish-. Los sacerdotes han enviado correos a los pueblos, y éstos ya saben que ustedes son simples mortales. ¿Por qué no se sostuvieron en su posición de dioses hasta que el Gobierno se hubiera consolidado? Yo soy hombre al agua.

Billy Fish se dejo caer sobre la nieve, y estuvo postrado, implorando el auxilio de sus dioses.

A la mañana siguiente nos encontramos en un país muy cruel, que todo se volvía subidas y bajadas, sin una sola llanura, ni recursos para la subsistencia. Los seis soldados de Bahskay miraban a Billy Fish con caras de hambre, y querían decir . algo, pero no se atrevían. Al medio día nos encontramos en la meseta de una alta montaña, cubierta de nieve, y no bien habíamos trepado el último peldaño para llegar a ella, vemos -¡oh maravilla!- un Ejército en orden de batalla.

Los correos no se han dormido -dice Billy Fish con una sonrisa sarcástica-, y esos que están allí nos esperan.

El enemigo hizo tres o cuatro disparos, y uno de ellos hirió a Daniel en la pantorrilla. Esto le volvió a la realidad. Vio el Ejército que estaba allí formado. y reconoció los rifles que nosotros habíamos llevado al país.

-Estamos perdidos -dijo-. Esos son ingleses, no cabe duda. y mi necedad te ha traído a esta situación. Peachy. Y usted, Billy Fish. retírese con su gente. Ha hecho usted cuanto ha podido. Sálvese. Tú también. Carnehan, dame la mano y vete con Billy. Tal vez no os

[5] En 1857 estalló la gran sublevación de los Cipayos. El humorismo del pasaje está en comparar aquel acontecimiento con los sucesos del templo de Imbra en la aldea gobernada por los dos truhanes.

maten. Yo voy a hacerles frente. Yo soy el autor de todo. ¡Y lo principal es que soy el Rey.

-¡Yo no me voy. Daniel -digo yo-¡Aquí me tienes a tu lado! Billy Fish, despeje usted el campo y déjenos para entendernos con toda esa gente.

-Yo soy un jefe -dice Billy Fish con gran calma-. Yo estoy aquí al lado de ustedes. Mis soldados pueden irse. Yo me quedo.

Los soldados de Billy Fish no aguardaron a que se repitiese la invitación, y emprendieron la fuga a todo correr. Daniel, yo y Bílly Fish nos dirigimos a donde sonaban los tambores y los cuernos. Hacía frío, un frío insoportable. Todo el frío que me entro entonces todavía me queda aquí, dentro de la cabeza, o un poco por lo menos.

Carnehan interrumpió su relato. Yo le había escuchado con atención. Estaba inclinado hacia él, y mi frente sudaba tanto que caían las gotas sobre el papel secante. Al calor del ambiente se unía el de dos lámparas de petróleo que ardían en el despacho. No obstante esto, Carnehan gritaba, y yo temía que le diese un ataque. Estaba solo con él, pues los punkahcoolies se habían ido a dormir. Me limpié el sudor, estreché más aun las manos mutiladas del narrador, y le dije:

-¿Qué paso después?

La corriente de sus recuerdos se había cortado por

la momentánea ausencia de la mirada que yo clavaba en el.

-¿Que es lo que dice usted?-preguntó Carnehan con voz quejumbrosa-. ¡Ah. sí! Se los llevaron por la llanura cubierta de nieve. Se los llevaron muy silenciosamente. sin hablar una sola palabra. Nada les dijeron, aunque el Rey derribó de un golpe al primero que se acercó para prenderlo, y a pesar de que Peachey estuyo haciendo fuego hasta que se le acabaron las municiones. Esos cerdos no hablaban. Nada más apretaban, y sus correas eran muy duras. Había allí uno que se llamaba Billy Fish: uno muy amigo de nosotros. A ese lo degollaron allí mismo, señor, como si hubiera sido un cerdo. Y el Rey pateaba sobre la nieve y decía:

-Hasta ahora no va mal. ¿Que sigue?

Pero Peachey. Peachey Taliaferro, señor ese sí perdió la cabeza. Yo se lo digo a usted en confianza, como dos amigos que somos. No: ninguno de los dos perdió la cabeza. Yo creo que el Rey sí la perdió, al pasar por uno de esos puentes de cuerdas que tienen un abismo y un río abajo. Ya los ha de haber visto usted. Présteme usted la plegadera. Gracias. Tenían esta inclinación. Se lo llevaron más de un kilómetro por la nieve hacia uno de los puentes, sobre el río. Lo llevaban como si fuera un buey.

-¡Maldita canalla! -dijo el Rey-. ¿Creéis que no sé morir como caballero? Y se dirige a Peachey. Peachey lloraba como un niño.

-Por mí te ves en éstas, Peachey -dice el Rey-. Yo te saque de tu' feliz existencia para que te maten aquí en Kafiristán, donde hasta sido Comandante general de las fuerzas del Emperador. ¿Me perdonas, Peachey?

-Te perdono. Danielillo -dice Peachey-. Te perdono con todo mi corazón.

-Dame la mano. Peachey -dice-. Ya me voy.

Y se va sin ver a derecha ni a izquierda. Cuando está en medio del puente de cuerdas que bailan, el Rey grita:

-,Cortadlo, granujas!

Ellos cortan las cuerdas, y el buen Danielucho cae dando vneltas. y dando vueltas. v dando vueltas veinte mil kilómetros. porque tardó media hora en llevar al agua. y yo vi su

cuerpo sobre una roca, con la corona de oro a un lado.

-¿Pero usted sabe lo que le hicieron a Peachey entre do, pínos? Lo crucificaron. señor, como puede usted verlo en su mano. Le taladraron las manos y los pies con estacas. Y no murió. Estuvo allí todo un día dando gatos. y lo bajaron al día siguiente. Decían que no había muerto por milagro. ¡Pobre viejo Peachey, que nada les había hecho, que nada, nada ...!

No pudo seguir. El llanto lo ahogaba. Estuvo llorando amargamente y limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano mutilada. Los sollozos sacudían su cuerpo. El llanto de Peachey era como el de un niño.

-Fue muy cruel que se lo llevaran al templo y lo mantuvieran allí -prosiguió Peachey-. Decían que Peachey era más dios que Daniel, y que este era sólo un hombre. Después lo llevaron a la nieve y le dijeron que se fuera a su patria. Peachey tardó en el camino un año, pues iba mendigando para vivir. Nadie le hacía daño, porque Daniel Dravot iba delante, y le decía:

-¡Adelante, Peachey, nuestra empresa es grandiosa!

Por la noche bailaban las montañas, y querían arrojarse sobre la cabeza de Peachey, pero Daniel levantaba su mano, y Peachey seguía adelante más encorvado. Siempre tenía la protección de la mano de Danielucho, y su cabeza lo guiaba. En el templo se la dieron como un regalo, para que no volviera a aquel país, y él llevaba esa corona que era de oro macizo y no la vendió ni para comer cuando más hambre pasaba. ¡Usted conoció a Dravot, señor! ¡Usted conoció a Su Gracia el hermano Dravot! ¡Mírele usted!

Hurgo en la confusa masa de harapos del encorvado pecho; saco una bolsa de cerda de caballo bordada con hilo de plata y arrojo sobre mi mesa.. . ¡la amojamada cabeza de Daniel Dravot! La luz del sol, que había vencido a la de las dos lámparas, ilumino con sus rayos la barba roja y los ojos apagados de Dravot, y arranco reflejos también a un círculo de oro adornado de turquesas que Carnehan coloco tiernamente sobre las sienes mustias de su amigo.

-Vea usted -dijo Carnehan- al Emperador tal como era cuando vivía; vea usted al Rey de Kafiristán ciñendo su corona. ¡Pobre Daniel! ¡Fuiste Monarca un solo día!

Yo me estremecí, pues a pesar de estar desfigurada, reconocí perfectamente bien la cabeza del hombre a quien había visto en el empalme de Marwar.

Carnehan se levanto para salir. Yo intenté detenerle. Era imposible que saliera en aquel estado.

-Permítame usted llevar el whisky y déme dinero -dijo con voz apagada-. Yo fui Rey. Iré a la Comisaría para que se me dé un lugar en el asilo mientras recobro la salud. No; gracias, gracias. No es posible esperar hasta que usted envíe por un coche. Tengo asuntos muy urgentes en el Sur. Necesito ir a Marwar.

Salió casi arrastrándose, y se dirigió a la Comisaría.

Ese día tuve que pasar por el Mallo, y a la luz deslumbrante del medio día vi a un hombre encorvado que se arrastraba sobre el polvo blanco de la calzada, con el sombrero en la mano, canturreando tristemente como los artistas callejeros de la madre patria. No había un alma en toda la extensión de la plaza, y nadie podía espicharlo desde las casas que había en torno. No obstante esto, él cantaba viendo a derecha e izquierda. Su canción se refería al que marcha para conquistar una corona de oro y que extiende al aire una bandera roja como la sangre. ¿Quién le seguirá?

No tuve necesidad de más. Coloqué al desdichado en mi coche y lo llevé a la casa de

un misionero para que éste se encargara de buscarle lugar en el asilo. Repetía su canción, y no me reconoció mientras estuvo conmigo. Cuando lo dejé en la casa del misionero, todavía cantaba su copla de guerras y aventuras.

Dos-días después, fui al establecimiento de beneficencia para pedir informes. El superintendente del asilo me dijo:

-Se le recibió como insolado. Murió ayer por la mañana. ¿Realmente estuvo media hora sin sombrero recibiendo los rayos del sol al medio día?

-Sí; es verdad -contesté-. ¿Pero no vio usted algún objeto que llevara consigo cuando murió?

-No ha llegado a mi conocimiento nada excepcional -contesto el superintendente.

Y así quedaron las cosas.